XI Domingo del Tiempo Ordinario C

La casa de Simón

"Rogaba un fariseo a Jesús que fuera a comer con él. Y una pecadora vino con un frasco de perfume y se puso a ungir los pies de Jesús". San Lucas, cap.7.

Un hombre llamado Simón invita a Jesús a su casa. Y, al anochecer, el Maestro se sienta a su mesa. No sabemos qué pretendía este fariseo al convidarlo. ¿Hacer alarde de generosidad y dinero? ¿Aumentar su prestigio, convidando a su casa al profeta milagroso? ¿¿Comprometerse con Cristo, a quien admiraba con lejano respeto?

El Señor cumple su tarea de visitar al hombre. En los palacios y en las chozas. A los enfermos y a los que dicen estar sanos. En las bodas y en los funerales. Les habla de otra cosa, de otra compañía, de otro modo de ser. Del Reino de los Cielos.

Pero Simón ignoraba que Cristo llegaría con su séquito de pecadoras y publicanos, de enfermos y de necesitados. Entre ellos, una mujer que no tenia sino un poco de lágrimas, mucho amor, y un frasco de perfume. Tampoco sabía aquel fariseo generoso que, cuando el Señor se deja invitar, nos invita a la vez a disponerle un lugar para los otros.

Esto pasaba en casa de Simón. ¿Y en la nuestra?

Es elegante invitar a Cristo cuando el bautismo o la primera comunión de los hijos, como a un visitante distinguido. Pero con El se nos mete en el alma mucha gente incómoda. Aquellos que nada nos pueden aportar. Gente incómoda y problematizada. Nos quitarán el tiempo, su angustia nos dejará traumatizados, su compañía deteriora tal vez nuestra imagen social.

Porque ellos no comprendes que nosotros somos distintos: En casa no ha habido jamás problemas. Ningún desliz, ningún mal ejemplo.

¿Qué ha cambiado en tu casa, luego de haber invitado al Señor? A veces no quedó ningún signo que nos señale como familia cristiana. Muchos hogares se han convertido poco a poco en hotel, gerencia, caja fuerte, bunker, museo, madriguera de soslayados egoísmos...

Para los de afuera tampoco tenemos una acogida amable que les hable de Dios. Mientras más espacio poseemos, menos hospitalidad, mientras más cosas coleccionamos, menos posibilidad de aceptar las personas. En cambio, las casas de los pobres, como no tienen cerrojo, permanecen abiertas para todos.

Nuestro corazón se asemeja a nuestros hogares. En él no cabe ningún huésped. Si alguien llega a buscar allí al Señor, encontrará en la puerta un letrero: No hay vacantes.

Al final del banquete, Cristo le explica a Simón cómo en sus planes hay una correspondencia casi matemática entre amor y perdón. Tanto amas, tanto se te perdona. Tanto has sido perdonado, tanto amarás de ahí en adelante. Como una noria que nos vierte agua de salvación, para que construyamos desde aquí y desde ahora la ciudad de los Cielos.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y